



LAS MALAS LENGUAS

- Resistir es el nuevo arte
- Soldado advertido, igual muere
- El Catatumbo: “no parimos hijos para la guerra”

LAS MALAS LENGUAS

ISSN: 3100-9093 (En línea)

Edición N°1

////////////////////

Mayo 2025

lasmalaslenguas@admon.uniajc.edu.co

<https://revistas.uniajc.edu.co/>

Hugo Alberto González López

Rector Institución Universitaria

Antonio José Camacho

Octavio Augusto Calvache Salazar

Decano de la Facultad de

Ciencias Sociales y Humanas

Eliana Meneses Ramos

Directora del Programa

de Comunicación Social

.....

Directora de *Las Malas Lenguas*

Eliana Meneses Ramos

Dirección editorial:

Ana María Ocoró Lozada

Luz Jenny Aguirre Tobón

José David García Bonilla

Jefas de redacción:

Ana María Ocoró Lozada

Luz Jenny Aguirre Tobón

Equipo de redacción:

Ingrid Lorena Marín Valencia

Diana Sofía Rojas Sarria

Angie Sofía Forero Nazareno

Karol Dahiana Angulo Estacio

Jefe de diseño:

José David García Bonilla

Equipo de diseño:

Diana Marcela Ramírez Velazco

Natalia Montenegro Ledezma

Luisa María de la Cruz Escobar

Danna Sophía Messa Camelo

Duván Stiven Menza Dagua

Foto de portada:

Luisa María de la Cruz Escobar

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total o parcialmente por cualquier medio, sin el permiso escrito del titular de los derechos patrimoniales.

Contenido

¶

EDICIÓN N° 1

Pág. 06

EDITORIAL

Pág. 08

Resistir es el nuevo arte

//// Por: Karol Dahiana Angulo

Pág. 20

Soldado advertido, igual muere

//// Por: Karol Dahiana Angulo

Pág. 26

*El Catatumbo:
no parimos hijos para la guerra*

//// Por: Angie Paola Cambindo, Vanessa Castrillón y Leidy Barona

Pág. 34

*Con los pies en la tierra
y el arte en el alma*

//// Por: Andrea Carolina Herrera Preciado

Pág. 40

Noche sin retorno

//// Por: Angie Sofía Forero

Pág. 46

*El Plateado: la resistencia
de un pueblo que florece*

//// Por: Angie Daniela Landazury,
Marlon Smith Panameño y Karen Oviedo

Pág. 52

*Migrar, un viaje entre la soledad
y la esperanza*

//// Por: Marcyin Tatiana Angulo Rodríguez,
Franchesca Hurtado Quiñones y Rosaura Castillos Arias

Pág. 58

Lo que el río Mira se llevó

//// Por: Kelly Yadira Bastidas Valencia

N° 1

Equipo *de trabajo*

LAS MALAS LENGUAS



Eliana Meneses Ramos
**Directora de
*Las Malas Lenguas***



Ana María Ocoró Lozada
**Jefa de redacción &
Dirección editorial**



Luz Jenny Aguirre Tobón
**Jefa de redacción &
Dirección editorial**



José David García Bonilla
**Jefe de diseño &
Dirección editorial**



Karol Dahiana Angulo
Equipo de redacción



Angie Sofía Forero
Equipo de redacción



Diana Sofía Rojas
Equipo de redacción



Ingrid Lorena Marín
Equipo de redacción



Danna Sophía Messa
Equipo de diseño



Diana Marcela Ramírez
Equipo de diseño



Natalia Montenegro
Equipo de diseño



Luisa María de la Cruz
Equipo de diseño



Duván Stiven Menza
Equipo de diseño



EDITORIAL



VOCES QUE TRASCIENDEN

A sistimos en este momento de nuestra historia universitaria al alumbramiento de un sueño. Con *Las Malas Lenguas* se le da vida a una nueva voz que emerge desde las aulas de clase y que busca trascender e impactar con creatividad, pasión y con una visión crítica de lo que nos rodea.

Hablamos de un producto periodístico donde se descubrirán historias impactantes, muchas de ellas traídas de los territorios, llenas de

esperanza, de ilusión o del dolor que también nos habita. Todas son el resultado del talento, investigación y del compromiso de un grupo de estudiantes que aceptaron el reto y decidieron apostarle al poder de la palabra y de la imagen, poniendo a volar su imaginación para darles vida a miles de ideas que tenían y con las que buscan transformar realidades.

Detrás de cada publicación hay un proceso académico y personal de escritura, reescritura y diseño que



acerca al autor a un ejercicio profesional real, incluyendo los retos y desafíos propios del mundo editorial. Justo ahí, en ese proceso que no se ve, pero sin el cual no hay historias, existe el maravilloso mundo de la construcción del aprendizaje desde la acción, que desemboca en este caso en el delicioso momento de ser publicado.

Este es el lugar donde cada voz y cada historia cuentan y donde cada edición será un nuevo comienzo lleno de posibilidades.

Nuestra revista es un espacio para nuestros comunicadores y diseñadores en formación, donde puedan expresar sus ideas, explorar sus intereses, desarrollar habilidades. Es también una oportunidad para experimentar, y por qué no, para

equivocarse, crear y sobre todo aprender, aprender haciendo.

Hoy los estudiantes dan un gran paso y se lanzan a compartir su visión con el mundo, y desde la institución, con gran compromiso con la formación integral, se apoya cada iniciativa que aporte al crecimiento profesional y personal de cada uno de ellos. Además, busca ser ese puente entre la academia y la sociedad, contribuyendo al desarrollo social y cultural.

Este proyecto es más que un ejercicio académico, es el impulso del talento y potencial de la comunidad estudiantil que merece ser compartido y que apenas comienza.

Así que con esta edición inicial se abre una puerta y queda extendida

una invitación a seguir proponiendo, escribiendo y creando, entendiendo que nuestro diferencial y aporte a la sociedad desde lo profesional llevan una impronta de sensibilidad y responsabilidad.

En tiempos de la Inteligencia Artificial, en los que la tentación de sentirnos desplazados por la tecnología puede aparecer, la pluma de quien se arriesga a contar historias y a construir memoria puede ser un hecho revolucionario. Una revolución que, sin duda, vale la pena intentar. Al menos eso dicen *Las Malas Lenguas...*

RE
SISTIR
es el nuevo
arte

**EN UN RINCÓN DEL NORTE DE CALI,
QUE FUE ESCENARIO DE GUERRA DU-
RANTE EL ESTALLIDO SOCIAL, HABITA
UNA COMUNIDAD QUE RESPIRA ARTE,
MEMORIA Y RESISTENCIA; QUE LLEVA
TATUADO EN SU ALMA EL VALOR DE LA
RESIGNIFICACIÓN.**



////// POR: KAROL ANGULO

.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL
.....



a Maloca Comunitaria Nicolás Guerrero no nació en condiciones óptimas, ni fue planificada con discursos de salón. Fue parida entre gases lacrimógenos, vandalismo, chismes, muertes y golpes policiales; cuando Cali ardía en medio del estallido social del 2021 y los jóvenes de la comuna 6 se aferraron a los sueños como quien se aferra a la vida.

En medio de la oscuridad, el vandalismo de quienes se abalanzaban a robar gasolina de las estaciones cercanas, el asesinato de jóvenes artistas y manifestantes, la desinformación de las redes sociales y algunos medios de comunicación, y una marea de personas que se sumaron al caos; un grupo de vecinos decidieron que era momento de poner fin a la anarquía. Con letreros que decían ‘NO ROBAR GASOLINA’, se armaron de valor para proteger su sector y de alguna manera recuperar el control de un espacio que se estaba desmoronando ante sus ojos.

Y fue en ese cruce, cuando ya la violencia se hacía presente en cada esquina, que alguien plantó la semilla de un nuevo proyecto: crear un espacio cultural, de diálogo, donde la palabra y el arte pudieran ser el remedio para la furia del barrio. Al principio fue solo la idea de una biblioteca en un escenario de guerra: el CAI Metropolitano. Hoy, cuatro años después, es una Maloca Comunitaria, un escenario creativo y sanador.

El 7 de mayo del 2021, en medio del calor asfixiante del conflicto, el barrio se reunió. Los vecinos sacaron libros, juguetes de circo, pinturas, ingredientes para preparar una olla comunitaria. Se juntaron todos en torno a la cocina y a la mesa, se pintaron murales que contaban historias de resistencia, y entre colores y risas, la violencia comenzó a disiparse lentamente. Ese día marcó el inicio de un movimiento que, justamente una semana antes del tercer pico de la pandemia mundial que se vivía por el Covid 19, brindó a la gente un motivo para volver a reunirse, para soñar y para resignificar un espacio que venía siendo escenario de violencia y represión.

MALOCA COMUNITARIA



**NICOLÁS
GUERRERO**

DE LA GUERRA A UN LIBRO

“El primer sueño era llegar a una semana con la biblioteca, y a los cuatro días de iniciar llegó la policía en la madrugada”, recordó Edier Betancourt, uno de los creadores de la Maloca. Fue una noche de esas que parecen presentir el comienzo o el fin de algo importante; en esa misma nació el nombre, todo tomó sentido, pues ya no era solo una propuesta individual, era una invocación comunitaria. Al salir a preguntar a los vecinos qué imaginaban para ese lugar, un CAI inhabilitado, y epicentro de conflictos, la respuesta fue unánime, clara y rotunda: “esto no es solo una biblioteca, esto es una maloca”.

Y así, bajo el caos y la resistencia, nació la casa de todos; no de barro ni ladrillo, sino de palabras, afectos y saberes compartidos. Una maloca donde cada historia importa, donde el conocimiento se construye entre todos y todas, donde las sociedades desescolarizadas y la pedagogía de la provocación, empiezan a educar sin lápiz ni tinta, sino con vivencias.

El CAI Metropolitano había sido hasta entonces, sinónimo de conflicto y abandono. Y a modo de reflexión, Edier decía que era una arquitectura diseñada para la guerra, surgida en épocas de guerra, en la que la ciudad vierte grandes sumas mensuales al sostenimiento. Esa estructura fría era el reflejo de un pasado de violencia y fue precisamente esa carga lo que impulsó a los vecinos a imaginar otro destino para el CAI. Reconvertirlo en un espacio cultural, en una biblioteca comunitaria que dialogara con la memoria y la esperanza, era un acto de fe, un grito de rebeldía, quizá, que iba en contra del silencio impuesto.

El 13 de mayo de 2021, Edier y Alexis, su amigo, en una larga charla cargada de emociones y recuerdos, debatían el legado de las víctimas que ya habían marcado al barrio y decidieron, con ayuda de un amigo grafitero, rendir homenaje a Nicolás Guerrero y sacar adelante este proyecto a su nombre. Su rostro, plasmado en un mural, se convirtió en un símbolo vivo de la lucha y la resistencia; no solo fue la pintura lo que embelleció aquel

muro, sino la promesa de que su nombre viviría entre libros y colores. La ‘toma’ del CAI se concretó el 14 de mayo, un lunes festivo, y con apenas cuatro días que habían tenido para transformar lo que era un lugar olvidado, la comunidad se unió para contar una nueva historia.

Como todo en Cali, la noticia corrió rápido; un amigo de Nicolás se encargó de avisar a su familia, y al día siguiente, Laura Guerrero, la mamá de Nicolás, se unió a la causa con una fuerza que solo una madre podría dar, haciendo suyo el dolor y transformándolo en esperanza.



Durante ese fin de semana frenético, la comunidad se sumergió en el proceso, llegaron libros, más pintura y recursos que parecían inundar el lugar, y hasta inventaron un sistema de seguridad propio para proteger el CAI, ya entonces, convertido en biblioteca.

Así, la gasolinera saqueada, el alboroto nocturno, la división del barrio, las ideas, los sueños, se entrelazaron para dar nacimiento a algo que ni el sistema opresor podría silenciar. Lo que surgió fue un espacio cultural en medio del caos, un lugar donde cada mural, cada libro y cada asamblea era una declaración de que el barrio no se rendiría; que, a pesar del abandono, la violencia y la desinformación, aún quedaba vivo el arte y la solidaridad.

El 7 de mayo del 2021, en medio del calor asfixiante del conflicto, el barrio se reunió. Los vecinos sacaron libros, juguetes de circo, pinturas, ingredientes para preparar una olla comunitaria.





FLUIR EN MEDIO DEL CAOS

Lo que una vez se concibió como una biblioteca itinerante y un espacio de arte para los vecinos, se fue convirtiendo en un escenario de nuevas oportunidades que brindaba la posibilidad de renacer. Así lo mencionó Laura, quien recordó con ternura el tránsito de Pablo, su hijo menor y hermano de Nicolás, por este espacio sanador.

"Pablo pasó de ser el niño, el hermano del artista, a ser parte del semillero. Ahora él no solo es el artista, sino que ayuda a los niños más pequeños que van llegando; siempre es el referente en edad. Antes decíamos que teníamos niños entre los 6 y los 11 años (...) ahora, entre los 12 y los 15, él se convirtió en ese ejemplo a seguir".

El paso del tiempo ha sido testigo de un notable cambio en la forma en que Pablo se relaciona con su entorno. "Yo creo que, comparado con el joven de aquella época, ahora soy bastante social. Antes apenas y hablaba, y me costaba entablar una comunicación". Afirmar que, gracias a los talleres, el conocer gente nueva y compartir en este espacio, hoy se le facilita expresarse y vincularse con lo que lo rodea.

La Maloca no es solo un espacio, lugar o grupo, sino también un hospital para sanar heridas a través del arte y el diálogo. Es un paso más hacia la reconstrucción de las identidades fracturadas por la violencia. A veces las heridas no se ven, no sangran ni hacen ruido. Se esconden en los gestos indescifrables, en las palabras que se callan, en las miradas que no se sostienen. La Maloca se convirtió en un refugio para esas heridas invisibles. Y en esa casa de pinturas, libros, circo, baile, música y ollas comunitarias, empezaron a sanarse algunas que parecían imposibles.

Camilo llegó a la Maloca por mera curiosidad. Y por hambre, no solo de alimento, sino de algo más profundo, de encontrar una guía, un lugar donde ser escuchado, donde no todo fuera calle, ruido y desconfianza. Se encontró con un espacio donde no se le exigía nada más que estar, observar y ser. Donde su historia importaba tanto como su presencia. Fue en busca de nada y terminó encontrando otra manera nueva de habitar el mundo.

“Yo siempre tuve una vida donde realmente la parte cultural no era mi interés, y siempre pensaba que no tenía talento para el arte, de pronto para dibujar, pero para nada más, y por eso me dedicaba a trabajar en la calle y a llevar una vida cotidiana, cuando de pronto vi lo que estaban haciendo acá en el sector Edier y todos los demás, y me gustó. Y creo que desde ese primer día nunca falté”, relató Camilo.

La Maloca tiene esa forma extraña de abrazar sin brazos. Es un lugar donde el arte circense, los malabares y las acrobacias se convierten en juegos para sanar traumas, para aprender disciplina. Camilo se convirtió en uno de los miembros más comprometidos: “la vida que tengo ahora es la que amo, aquí no me miran como problema”. La mayoría de los dibujos que hicieron en la biblioteca eran de su autoría, era de esos que llegan antes y se van después, que primero escucha y aprende, para luego enseñar. Hoy día es gestor de la Maloca, profesor del semillero del circo, junto a Alexis y Guido. Hace cuerda, música, dibuja. Es considerado el artista autodidacta del grupo, que logró darle sentido a su vida, a través del arte.

Y mientras Camilo florecía, y Pablo tejía su propia transformación, se convirtieron en el fiel reflejo de que un proceso colectivo permite a sus integrantes hallar la luz en medio de la oscuridad.

La Maloca no es solo un espacio, lugar o grupo, sino también un hospital, para sanar heridas a través del arte y el diálogo. Es un paso más hacia la reconstrucción de las identidades fracturadas por la violencia. A veces las heridas no se ven, no sangran ni hacen ruido.

VIVOS, LIBRES Y JUNTOS

Hay tres palabras que se repiten como mantras: vivos, libres y juntos. “Estamos vivos porque no queríamos morir, libres porque en algún momento no queríamos seguir viviendo, y juntos porque somos un equipo diverso, que decidí caminar unido”, son las palabras que manifiesta lleno de satisfacción.

En medio de reuniones improvisadas y asambleas, se respira la convicción de que cada persona que sea, trae consigo una historia que merece ser escuchada. “Todos somos personas disímiles, pero este espacio nos ayuda”, afirman quienes han encontrado en la Maloca no solo un espacio de transformación.

“La Maloca está en un lugar estratégico y es un espacio para crear alianzas, para compartir saberes y para vivir la vida. (...) Contamos el uno con el otro. Aunque estamos más en el mundo, una sola llamada entre nosotros puede alegrar el día”, aseguró Laura llena de satisfacción.

Entre las voces de la Maloca, resuena mucho el dolor de quienes han llevado el peso de la pérdida. “Aunque haya superado, eso nunca se supera; yo soy una persona que cuando veo a los niños en escena usted no inculca, me atraviesa. Es pensar que en algún momento me iba a perder a Nicolás, como yo no quería, pero que él fue el que se apagó”, mencionó Laura.

A ella le gusta esa cosmovisión y le hace bien. “No se trata de enterrar lo que se ha ido, sino de compartirlo en otro plano, que está vivo, que tiene otra misión, que no es morir sino que se siembra, y eso fue lo que pasó con Nicolás”.

Estas palabras, llenas de nostalgia y de un sentido de la transformación, encierran el sentimiento de quienes han vivido la pérdida como parte de un camino. “La misión final, como algunos han llegado a decir, no es olvidar, sino ayudar a transitar con la mano y acompañar a quien, como ellos, trae consigo la sombra y muerte”.



“Pensar en que se haya superado, eso nunca se supera; yo soy poco llorona, pero cuando veo a los niños en escena usted no imagina todo lo que me atraviesa. Es pensar que en algún momento tuve que enterrar a Nicolás, como yo no quería, pero que él fue una semilla que no se apagó”.

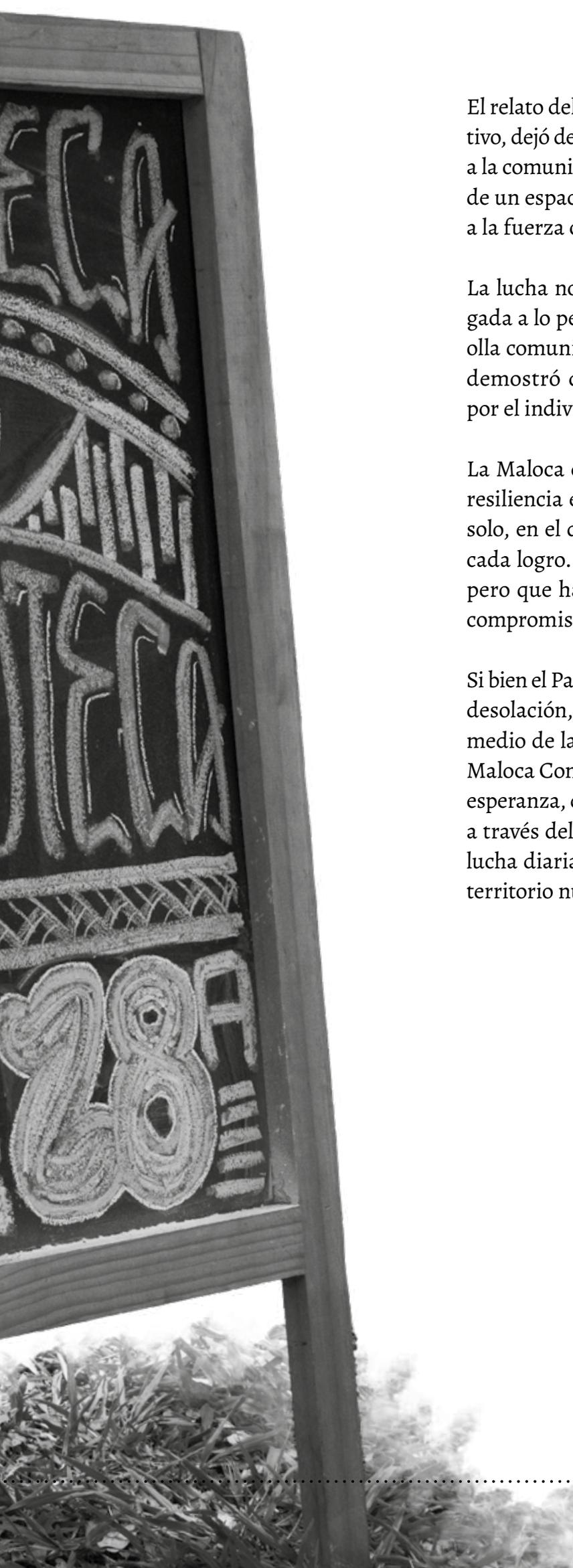
SI NO MORIMOS, ¿QUÉ SIGUE?

"Después del estallido social seguimos en un ejercicio de itinerancia, pero también han sido unos años de ir soñando y organizando el proyecto a través de la pedagogía de la provocación, la ética del cuidado, y la metodología en torno a las artes circenses para enseñar a niños un territorio que no existía", afirmó Edier. La propuesta de la Maloca nace de esa urgencia por incomodar, en un sentido positivo, hacer mover un poco las estructuras para que la Red de Bibliotecas, la Alcaldía, la Gobernación y todas las instancias estatales reconozcan que el arte y la cultura son patrimonio de todos. Esa misma provocación se convirtió en el puente para exigir apoyo, para gestionar recursos y para dignificar la labor de quienes han padecido el desamparo durante tanto tiempo.

Edier recuerda con orgullo el compromiso de la comunidad, cuatro años de una lucha intensa, que no cesa, donde han sido testigos de logros tangibles, estímulos del Ministerio de Cultura, apoyos de la Secretaría de Cultura de Cali y el respaldo de distintas entidades que hoy sostienen, de alguna forma, el proyecto. Han logrado que se les reconozcan proyectos, ganen convocatorias y se obtenga ayuda a través de programas como las Aulas Concertadas, de la Gobernación del Valle, que benefician tanto al semillero como al propio espacio cultural.

Sin embargo, Edier no oculta las dificultades que aún existen. "El dinero ha salido, muchas veces, del bolsillo propio. Hemos aprendido a gestionar, a ahorrar, aunque sea poco, porque antes ni imaginábamos cómo comprar algo tan simple como un candado. Pero seguimos, desde el terreno comunitario, con la educación desescolarizada y la ética del cuidado, trabajando en comunidad".





El relato del líder denota que no hay individualismo en lo colectivo, dejó de ser el 'yo' y se convirtió en un 'nosotros'. Edier define a la comunidad como una especie de guerrilla cultural. Se trata de un espacio en el que el logro no pertenece al individuo, sino a la fuerza compartida.

La lucha no es solitaria, es anárquica y, al mismo tiempo, ligada a lo pedagógico. Lo vemos ilustrado en la imagen de una olla comunitaria, un espacio pedagógico que funcionó porque demostró que la unión puede derribar barreras impuestas por el individualismo.

La Maloca es, sin techo y sin límites, un proyecto de vida. La resiliencia es la que sostiene un proyecto en el que nadie está solo, en el que el apoyo mutuo se conjuga en cada acción y en cada logro. Un territorio que a simple vista parecía quebrado, pero que ha sido reimaginado a través de la solidaridad y el compromiso de sus habitantes.

Si bien el Paro Nacional del 2021 dejó en Cali un legado de miedo, desolación, desgobierno, y más de 43 personas asesinadas en medio de las manifestaciones -la mayoría de ellas, jóvenes-; la Maloca Comunitaria Nicolás Guerrero es una herencia llena de esperanza, de solidaridad, de convicción. Es un movimiento que a través del poder del 'nosotros', camina sin miedo y abraza la lucha diaria con la certeza de que juntos pueden construir un territorio nuevo, más justo y más humano.

////////DOLOR////////////////////////////////////

SOLDADO
ADVERTIDO, IGUAL
MUERE



//// POR: KAROL ANGULO
.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL
.....

LUIS MATEO MANYOMA ESTABA ENTRENADO PARA LA GUERRA EN LAS MONTAÑAS, PERO PERDIÓ LA VIDA A ESCASAS CUADRAS DE SU CASA. EL DESTINO TRÁGICO DE UN BOINA ROJA.

Su cuerpo quedó tendido en el pavimento, bajo un cielo que se volvía cada vez más oscuro mientras las voces alrededor se apagaban en su mente.

Un disparo, uno solo, bastó para arrebatárle todo lo que había sido y lo que sería. Los minutos pasaban convertidos en un torbellino de confusión con rostros anónimos observando mientras el latido de su vida se desvanecía. Nadie, ni en sus más oscuros pensamientos, podría haber imaginado que alguien con tanta luz sería apagado tan brutalmente.

Un soldado, quien había sobrevivido a entrenamientos duros y servido con honor a su país, ahora yacía solo, en la esquina de un bingo.

—Mateíto era el orgullo de la casa, dijo Carolina, su hermana.

—¿Por qué?

—Porque él era el único que no tenía vicios. Mi hermanito era un buen pelado.

Luis Mateo Manyoma Caicedo no solo fue el soldado, sino el hermano, el amigo, el hijo, el tío que todos admiraban. En su familia era el faro brillante que iluminaba incluso en los días más grises. Mateo siempre les daba paz, siempre llevaba calma. Cada vez que llegaba por sus vacaciones, la casa se transformaba en un espacio de alegría, como si consigo arribara también una especie de felicidad palpable.

“¡Llegó Mateíto!, ¡llegó Mateíto!”, gritaban sus sobrinos y salían corriendo a recibirlo, sabiendo que su presencia era un regalo.

Carolina recuerda con lágrimas aquellos días en los que su llegada se sentía como una fiesta, un respiro en medio de la rutina. “Siempre traía un mercado, todas nos poníamos contentas cuando lo teníamos aquí”. Es evidente, por su rostro, la nostalgia que esto le causa.



FUERZAS MILITARES
EJERCITO
COMANDO DE EJERCITO



El Comandante del Batallón de Instrucción
"Juan Antonio CERVA" **CERVA**

El señor: S/C, CAICERVA
Identificado con
inad satisfactorio
tar del curso
una duración
Carandía (Cajamarca)
8880

EJERCITO

ERTE
1970

Carolina, sin entender aún la magnitud de lo que estaba por ver, salió junto a su cuñado 'Fichi' en una moto. Como era de esperarse, en el camino iba pensando lo peor.

Lo encontró en el suelo, rodeado por personas que no conocía, rostros ajenos que no entendían el dolor que empezaba a consumirla por dentro. No hubo preguntas, no había tiempo para eso, solo lágrimas, desesperación y una sensación de impotencia que la aplastaba cada segundo que pasaba. Frente a ella, Mateo inmóvil, sobre un mar de sangre.

“¡Cálmate, Carolina!, ¡cálmate!”, le decían Kelly y Eliana, sus otras hermanas, que llegaron justo después, no a llorar, sino a buscar respuestas.

El relato de lo que ocurrió esa noche es confuso e incierto. Y como todo lo que pasa en Cali, surgieron múltiples versiones.

–Nosotros estábamos en la bomba tanqueando y una muchacha se iba a colar. A mí eso me dio mucha rabia, dijo Felipe.

–¿Nosotros quienes?

–Mateíto; Diego, mi hermano, y yo.

Exaltado por el malentendido, el primo del soldado cruzó algunas palabras subidas de tono con la muchacha, pero según él, nada que indicara lo que vendría después. Ella se fue, pero no por mucho tiempo. Volvió con una “gallada” armada, buscando venganza por lo que parecía una pequeñez.

Mateo, en medio del caos, intentó salir de ahí en contravía por la calle de El Poblado. Dice la gente que lo vio que algunos pensaron que estaba robando. Todavía hay en el aire un par de versiones con esa premisa. Otros relatos indican que un policía, viendo la escena, decidió intervenir. Curiosamente el mismo que después diría que Mateo le apuntó con un arma: nadie pudo corroborarlo.

Un disparo sonó. De dónde vino fue lo que menos importó, pues en un instante todo terminó.

EL DESTINO CAMBIÓ DE UNIFORME

Alguien diría por ahí que la incertidumbre es una posición incómoda, pero la certeza es una posición absurda, desgarradora.

–¿Después de eso qué hicieron?

–Dejamos todo en manos de Dios, dijo María, la madre de Mateo, con una marcada resignación que quizás solo puede entender quien ha estado en su lugar.

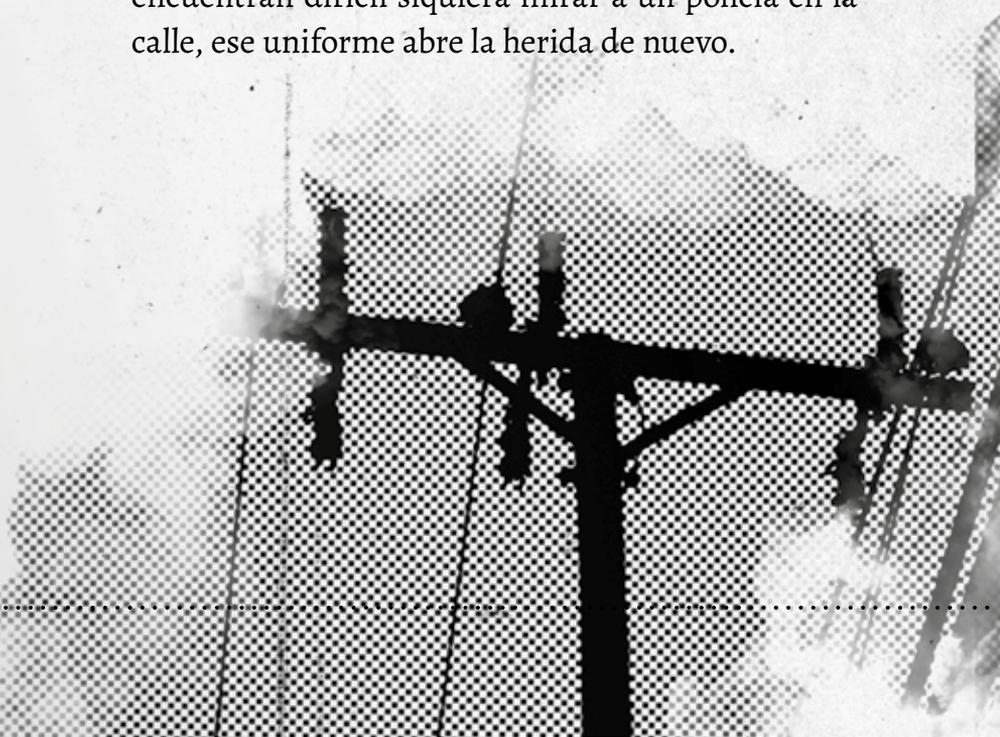
La familia se sumergió en el dolor, pero también en la confusión. Kelly fue la primera en intentar buscar respuestas a todas esas dudas. Contó que esa misma noche habló con el policía, quien aseguró que Felipe disparó en medio del caos y luego se fue. Pero esa versión nunca tuvo sentido para la familia Manyoma.

La hermana contó que no pasó mucho tiempo para que algunos videos que circulaban ya en redes confirmaran lo que siempre supieron en su corazón: el disparo que mató al soldado fue hecho por el policía.

Según la familia, el presunto asesino solo fue trasladado. Ellos no tuvieron energías para seguir en la búsqueda de una justicia que sentían demasiado lejana.

“Nada nos va a devolver a Mateo”, dijo Carolina.

El vacío que dejó Mateo es profundo y persistente. La vida en casa sigue, no se detuvo. Por el contrario, avanza a todo dar, pero ya nada es igual. Kelly, Eliana, María, Hellen, Carolina, Nicol, demás hermanos y sobrinos, todos siempre tan reservados, confiesan que en la soledad de la noche la tristeza regresa, abrazándolos en un silencio insoportable. A veces encuentran difícil siquiera mirar a un policía en la calle, ese uniforme abre la herida de nuevo.



“A Mateito todo mundo lo quería”, es la frase en la que coinciden todos los que lo conocieron. Sus colegas del Ejército, que después de su muerte no se despegaron ni un segundo de la casa, aún veneran su nombre; sus amigos de infancia, del barrio, lo recuerdan con amor, y su familia lo tiene presente cada día.

Cuando llega diciembre el dolor vuelve a la casa Manyoma como un fantasma que asecha y nunca se va. Las risas que alguna vez llenaron el hogar en esas fechas han sido reemplazadas por recuerdos, por lágrimas contenidas y por un profundo sentido de injusticia. Nadie, ni el tiempo ni la fe, han logrado cerrar la herida que dejó su partida.

La ironía de todo esto es que Mateo, un soldado que se preparó para los peligros de la guerra, quien sabía de los riesgos de servir a su país, murió a escasa distancia de su casa, por una bala que al parecer fue disparada por quien debía protegerlo. Mateito, el soldado advertido, igual murió, y con él, se fue una parte de la vida de todos los que lo amaron.

Cuando llega diciembre el dolor vuelve a la casa Manyoma como un fantasma que asecha y nunca se va.



EL CATATUMBO:

“ **NO** PARIMOS
HIJOS PARA
LA
GUERRA ”



CARMEN GARCÍA LIDERA UNA FUNDACIÓN DE MADRES QUE LUCHA POR EVITAR EL RECLUTAMIENTO FORZADO EN ESTA REGIÓN DE COLOMBIA QUE HOY SUFRE POR EL CONFLICTO ARMADO.

////// POR: ANGIE PAOLA CAMBINDO, VANESSA CASTRILLÓN Y LEIDY BARONA
.....
ESTUDIANTES DE COMUNICACIÓN SOCIAL.
.....

En el corazón del Catatumbo, una de las regiones más golpeadas por el conflicto armado en Colombia, la vida de los niños es amenazada constantemente por los grupos armados que los reclutan a la fuerza. Aquí, la infancia no es un derecho sino un desafío, la escuela es un privilegio incierto y la esperanza es una batalla diaria.

En medio de esta realidad, Carmen García se convirtió en un escudo para los más vulnerables. Madre, líder y voz de una comunidad, ha dedicado su vida a defender a quienes crecen entre pólvora y miedo. En su caminar ha levantado escuelas, tejido redes de apoyo y se ha enfrentado a quienes intentan arrebatarle el futuro a su pueblo.



“Empezamos a llamar a las coordinadoras de las mesas directivas de los municipios, a planear una cumbre de madres para decirles a los ‘doctores’ que respetaran la vida de nuestros hijos y que nosotras no íbamos a parir hijos e hijas para la guerra”, aseveró la lideresa.

La violencia que se vive en esta región no solo arrastra a los adultos a una lucha sin fin, sino que también atrapa la inocencia de los más pequeños,



Su lucha no ha sido fácil. Ha sentido en su piel el peso de las amenazas, el dolor de la guerra y la ausencia del Estado. Aun así, en medio de muchas incertidumbres, por cada niño que logra ayudar a escapar de la guerra, cada mujer que se levanta y cada madre que abraza la esperanza, Carmen encuentra la fuerza para seguir, afirmando que quienes deben parar la guerra son ellas.

“Somos sus mamás y quienes debemos parar esta pelea somos nosotras, no creo que se atrevan a dispararle a un grupo de madres”, comentó Carmen.

Y es entonces que, en medio del caos y la desesperación, nace un clamor en forma de amor, un amor que lleva el nombre de Fundación Madres del Catatumbo, creada en el 2020 cuando la violencia en esta región tuvo uno de sus momentos más críticos, tal como está sucediendo actualmente.

convirtiéndolos en peones de una guerra que ellos no decidieron pelear. Devolver la esperanza a su pueblo es lo que mueve el corazón de Carmen y el de muchas mujeres más, una esperanza que tiene los nombres de sus niños y se viste bajo la inocencia.

La mirada de cada infante en el Catatumbo refleja un futuro incierto, pero una guerra segura, manos que ya no escriben sueños

en pupitres porque las armas fueron puestas sobre ellos, oídos que ya no escuchan la voz una madre porque fue reemplazada por el ruido violento de la guerra.

“La guerrilla se dio cuenta de que las mamás estamos formadas y dispuestas a recuperar nuestros hijos, atacarlos si era necesario y decirles que no podían matarlos. Incluso empezamos a traer las mamás de los comandantes a la asociación de madres, porque a ellos los habían reclutado siendo muy niños también. Se corrió la voz de que estábamos enfrentándonos a la Fuerza Pública y a los grupos ilegales y pudimos demostrarles a ellos que nosotras éramos de verdad las madres del Catatumbo”, comentó Carmen.

Según la Unicef, “desde finales de enero de 2025, tras combates entre grupos armados ilegales, más de 20.000 niños, niñas y adolescentes han sido desplazados en la región del Catatumbo, al nororiente de Colombia, limítrofe con Venezuela. Se calcula que otros 11.000 se encuentran confinados”.

Carmen, al contrario de muchos niños, vivió una infancia distinta en la que no conoció la guerra, ni la muerte. Fue eso lo que la motivó a pelear por quienes no tenían esa posibilidad.

“Mi niñez fue lo más lindo que yo pude tener y eso es lo que me motiva. Viví con mis abuelos en fincas, allí no mataban a nadie, la guerrilla pasaba por las tierras de nosotros, se les llevaba comida y les ayudaban a parar a veces las chocitas que tenían, porque se estaban cayendo. El único susto era cuando llegaba el Ejército, los hombres tenían que esconderse, pertenecieran o no a los grupos armados”.

Aunque su infancia la recuerda con mucha nostalgia, evocar su juventud la lleva a un sufrimiento que ella no eligió.

“A los 15 años la ola paramilitar llegó a nuestro territorio y fue fuerte, nos tocó sufrir muchísimo, mataron a casi todos mis amigos, fui objetivo militar”, expresó Carmen.

A su corta edad conoció el dolor y la guerra, vivió en carne propia las injusticias de su territorio. Vivir esos momentos la llevó a enfrentar el monstruo que rondaba sus tierras y a hablar de aquello que los llenaba a todos de miedo.

“Soy la mujer que en Colombia le ha hecho un paro a los paramilitares nada más con 15 años. Me alié con mis compañeras porque nosotras vivíamos muy cerca de una zona donde había unas mujeres que trabajaban en bares y ellos se las llevaban, las torturaban y asesinaban, nunca volvían. Tenían hijos y sus

familiares las buscaban. Nos decían que si nos metíamos con ellas, nos moríamos”.

Pero para Carmen todo estaba apenas empezando. Sus alianzas y su capacidad de pelear representaban una afrenta para los grupos armados ilegales. Entonces, los atentados y amenazas se hicieron presentes.

“Intentaron asesinarme junto con mis amigas, me pasaron una canoa por encima, pero gracias a Dios logré sobrevivir y llegué con vida a Cúcuta.



Un amigo policía me resguardó para que no me terminaran de matar dentro del hospital”, comentó.

Añade en su relato que “después de mucho tiempo nos fuimos para Yondó, Antioquia, allá cogen a mi esposo y lo asesinan, lo hacen pasar por falso positivo. Nosotros inmediatamente comprobamos que él no era la persona que ellos decían, un guerrillero. Él poseía un carrito pirata acá y siempre tenía que firmar ese carro todos los días, ¿entonces cómo iba a ser un bandido que mataba y secuestraba?”.

Contó que un soldado le dijo la verdad, le confesó que había una persecución contra ella y su familia, que sabían dónde vivía.

“Fue muy fuerte el pensar separarme de mis hijos y que me tocara cambiarles el nombre”, agregó.

Corría el año 2019 cuando su vida volvió a ser objetivo militar. Fue secuestrada por un grupo del ELN durante cinco horas. En ese lapso, sus escoltas fueron brutalmente agredidos y ella misma fue víc-

tima de maltratos físicos y psicológicos, con el constante riesgo de ser violentada sexualmente, cuenta.

Meses después, en medio de un tenso cruce de palabras con un militar vinculado a la justicia transicional, volvió a ser blanco de la violencia. Mientras regresaba a su pueblo desde Cúcuta, su camioneta fue interceptada y atacada a tiros en plena carretera. El hecho apenas tuvo eco en la televisión, pero quedó marcado para siempre en su memoria.

Desde entonces ha enfrentado una serie de amenazas y presiones que no han parado.

SU MISIÓN

Apoyar a una madre y rescatar a un niño se volvió una tarea difícil pero no imposible. Es una misión que requiere de valentía, a pesar de los miedos y de las incertidumbres, atender cada llamada de auxilio es una batalla ganada.



Cuando un infante corre peligro de reclutamiento, el pueblo y su gente se enteran y no dudan en comunicarse con la fundación.

“El proceso es el siguiente: nos informan que un niño está en peligro, los padres deben hacer el contacto con nosotros, nos presentamos a ellos, les contamos quiénes somos y que no trabajamos con la autoridad, que nuestro trabajo es poner a salvo al niño en un lugar donde tenga un familiar que lo pueda recibir”.

Pero ¿qué pasa si algún menor que intentan rescatar no encuentra un lugar con su familia?

“Si no tienen para dónde irse, nosotros les brindamos otra ruta, los traemos al refugio ubicado en Cúcuta, donde me encuentro actualmente. Les hacemos el proceso de documentos que necesitamos

para restablecer sus derechos, con la ayuda de la Cruz Roja. Después de lograr su documentación, son trasladados a colegios en Barranquilla o Bogotá hasta que cumplen 18 años”, agregó Carmen.

Hay un equipo de madres que son las profesoras empíricas que se preparan, no solamente en estudios, sino en valores para enseñar y orientar aquellos niños que no logran entrar a los colegios, muchas veces por su edad o por falta de documentación.



Muchos de estos niños son atraídos con engaños por parte de los grupos ilegales para reclutarlos, usando herramientas como el fútbol y los juegos para conquistarlos.

Hoy, en medio de una tierra marcada por el miedo y el abandono, la esperanza camina de la mano de mujeres como Carmen García, quienes decidieron no callar, no rendirse y convertir el dolor en fuerza colectiva.

La Fundación Madres del Catatumbo no solo ha salvado vidas, ha tejido un nuevo relato en donde la infancia no se rinde ante las balas, sino que se levanta con el poder del amor maternal.

Muchos de estos niños son atraídos con engaños por parte de los grupos ilegales para reclutarlos, usando herramientas como el fútbol y los juegos para conquistarlos.

“Al primer joven que me traje le pedí que me llamara tía, solo eso. Era una forma de protegernos mientras cruzábamos zonas de grupos armados. Hasta hoy todavía me llama así. Porque al final, cuando se trata de salvar vidas, todo comienza con un gesto, una palabra, una mano extendida”.

“Recuerdo también a una niña que llegó enferma, con una infección de transmisión sexual. Venía rota, pero llegó salvando vidas porque a los pocos días ya había convencido a otras cinco chicas de salir también. Les decía: ‘aquí hay otra oportunidad’. Cuando las recuperamos fue hermoso verlas descubriendo cosas tan simples como subir un ascensor y unas escaleras eléctricas. Subían, bajaban, reían. Yo las miraba y pensaba: vale la pena mostrarles otro mundo, vale la pena darles otra vida”, agregó.

Lo que empezó con una mujer se convirtió en un movimiento de 800 madres, con 41 lideresas de rescate, 5 directivas principales y una representante en cada municipio.

Al frente de esta lucha está Carmen, quien es líder de Santander y la región de Arauca, y quien guio a cientos de mujeres en su misión de proteger la infancia y reconstruir la esperanza. Esta organización ha rescatado a más de 200 niños del reclutamiento forzado, ayudado a muchas madres y ha brindado educación a más de 100 menores cada año.

Carmen García ha sido una guía, una luz y una esperanza para muchas madres afectadas por el conflicto en el Catatumbo. Tal es el caso de Luz Ángela* una madre de 4 hijos, quien ha encontrado apoyo en la fundación.

“Me dio una esperanza más para seguir de pie y seguir luchando por mi hijo. Cuando doña Carmen llegó a mi vida la cambió, en el sentido de ver las cosas. Mi hijo de apenas 15 años fue engañado y llevado por un grupo armado. Lo vi una vez, brevemente, lo suficiente para escuchar su súplica: Ayúdame, mamá, yo no quiero estar más allá”.

“Mi hijo de apenas quince años fue engañado y llevado por un grupo armado. Lo vi una vez, brevemente, lo suficiente para escuchar su súplica: Ayúdame, mamá, yo no quiero estar más allá”.





La Fundación Madres del Catatumbo no solo ha salvado vidas, ha tejido un nuevo relato en donde la infancia no se rinde ante las balas, sino que se levanta con el poder del amor maternal.

Desde entonces, no ha dejado de buscarlo. Ha tocado puertas, llorado, gritado en silencio el nombre de su hijo.

“Todavía no lo tengo conmigo, pero ahí vamos, estamos en la lucha”, afirma con una firmeza que apenas oculta el dolor. En su historia se encierra la de muchas mujeres del Catatumbo, madres que han sido despojadas no solo de sus hogares, sino también de sus hijos, víctimas de un conflicto que no les da tregua.

Carmen García actualmente es lideresa social del municipio de Tibú (Norte de Santander) y forma parte de las Mesas de Víctimas a niveles municipal y departamental. Se desempeña como Consejera para la Paz ante la Gobernación de Norte de

Santander, delegada de justicia transicional tanto del departamento como de su municipio y hace parte de los Consejos de Paz de su territorio.

Ni la guerra más cruel puede arrancarles el derecho a soñar con un futuro distinto para sus hijos. Y aunque el conflicto no ha terminado, por cada niño que vuelve a escribir en su pupitre y cada madre que alza su voz, la paz y la esperanza vuelven a florecer en el corazón del Catatumbo.

**Nombre cambiado por solicitud de la fuente.*

//////// ESPERANZA //////////////////////////////////////

CON *LOS PIES*
EN LA TIERRA



Y EL ARTE
EN *EL ALMA*



**DONDE MUCHOS VEN VIOLENCIA,
ELLOS VIERON RITMO: ASÍ ES COMO
PACIFIC DANCE CONVIRTIÓ LA DANZA
EN UN CAMINO DE TRANSFORMACIÓN
Y ORGULLO TUMAQUEÑO.**

////// POR: ANDREA CAROLINA HERRERA PRECIADO
.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL.
.....

D

ra el último ensayo antes de partir a Orlando, Florida, donde Pacific Dance participaría por segunda vez en el concurso de baile All Dance y por primera vez en el All Dance International.

No era solo la competencia, se trataba de algo más allá, algo más grande: representar a un pueblo sumergido en la violencia, sumergido en el olvido. Era dar a conocer al territorio que los vio crecer

como personas y como artistas. Era, al menos por un momento, escuchar en Orlando, Florida, el nombre de Tumaco, Nariño, un municipio que es más conocido por sus tragedias que por su cultura, su gente, su gastronomía, y por todas esas vidas que alguna vez eligieron el arte para resistir.



Parecía una escena de película: sudor cayendo, voces que se cruzaban entre gritos y consejos.

“¡Repitamos otra vez!, ¡con más fuerza!”, “¡de aquí no nos vamos hasta que nos quede perfecto!”, se escuchaba.

Los cuerpos estaban ya tensos por el cansancio, pero el alma, la pasión e ilusión permanecieron encendidas. Todos estaban ahí, algunos poniendo la música, otros asegurándose de que no hubiese el mínimo error y otros dando ánimos, ayudando, apoyando, creyendo.

“Ese ensayo fue una locura”, recuerda entre risas Jhon Arley Murillo, exbailarín, estudiante de Comunicación Social de la Universidad Antonio José Camacho y gestor cultural. “Había lágrimas, había orgullo. Era como si

todos los años de lucha se condensaran en esa tarde. No queríamos que terminara. Queríamos dejar el alma en cada movimiento”, añade.

No era para menos. Pacific Dance no solo se originó como una escuela de baile. Nació el 10 de abril del 2012 como respuesta a una necesidad profunda de vida y de sentido en un territorio muchas veces olvidado por el Estado, golpeado por el conflicto, pero sostenido por su cultura.

En una época en la que muchos jóvenes solo veían puertas cerradas y

oscuras, nació este grupo como una alternativa poderosa.

Diana Cortés, con su locura, su carisma, sus movimientos y su amor por el baile, se propuso construir un futuro donde parecía no haberlo. Lo que comenzó como una pequeña iniciativa de formación, hoy se ha convertido en un movimiento cultural que trasciende fronteras.

Ronald Salazar, exbailarín del grupo, aún se emociona al recordar su paso por la agrupación, ya que gracias a su gran talento pudo ingresar becado a la Universidad Icesi.

**“¡Repitamos otra vez!, ¡con más fuerza!”,
“¡de aquí no nos vamos hasta que nos quede perfecto!”, se escuchaba.**

“Yo era de los que creían que bailar era solo para pasar el rato. Pero Pacific me mostró que era mucho más: una oportunidad, una herramienta para ir más allá, para abrirme puertas que nunca pensé que existían”, dice con firmeza. Y aunque él hoy transita por otros escenarios, lleva esa experiencia grabada en la piel.

La agrupación ha sido también un puente entre generaciones, con niños que se inspiran en quienes ya cruzaron fronteras gracias a su talento. Allí se respiran respeto, disciplina y amor por su identidad. Para ellos, bailar es defender su cultura, es levantar la voz con el cuerpo. Esa es la esencia de Pacific Dance, una escuela donde no se enseña solo técnica, sino identidad. Donde el mar, la cultura y los ancestros retumban en cada paso. Donde la danza es lucha, resistencia, pero también orgullo. Porque Tumaco no es solo violencia: es ritmo, sabor, vida. Y Pacific Dance se ha encargado de recordarlo, de mostrarlo ante el mundo.

“Para mi mamá el baile era una pérdida de tiempo, hubo un momento en el que ya no me quería dar para el pasaje, entonces yo me iba caminando”, cuenta Andrea Herrera, exbailarina de la agrupación y estudiante de Comunicación Social de la Universidad Antonio José Camacho.

Ella amaba ir a cada ensayo, sentía que escapaba de muchas cosas malas y así era, quería estar con sus compañeros y rechar, era un ambiente muy sano. Dice que en las noches, al regresar al barrio con sus amigas, los temas de conversación eran totalmente diferentes. Mientras ella contaba lo cansada que estaba por el ensayo, algunas de sus amigas hablaban de sus conquistas y de noches de sexo por dinero. Añade que aunque se encuentra muy agradecida con la oportunidad de estudiar, espera con ansias el momento en que pueda volver a bailar y representar a su pueblo.

Porque Tumaco no es solo violencia: es ritmo, sabor, vida. Y Pacific Dance se ha encargado de recordarlo, de mostrarlo ante el mundo.

Cuando los bailarines partieron a Orlando, a aquella competencia en el 2017, no viajaron solos. Llevaban en sus maletas los aplausos del barrio y los abrazos de sus familias. En el escenario, bajo luces extranjeras, se movieron como si el Pacífico entero estuviera con ellos. De alguna manera, así fue. Todo ese esfuerzo, esas lágrimas, toda esa lucha valió la pena. Pacific Dance regresó de Orlando, Florida, con un gran trofeo de primer puesto. Un grupo de jóvenes llenos de sueños, cada uno con una historia de lucha y superación, volvió ganador de esa cita en Estados Unidos.

Pacific Dance no solo viajó con su sueño a Norteamérica, también llegó a Brasil, Ecuador y a muchas ciudades de Colombia. Participó en el reality show “Mi familia baila mejor”, del canal RCN, en el año 2018.



//////// ESPERANZA //////////////////////////////////////



Su lucha no es solo contra la violencia y el racismo. Hace algunos meses han venido desarrollando una estrategia de liderazgo y empoderamiento femenino con las chicas participantes de la organización. Con ello surgió el colectivo llamado Lazos de Sororidad, un espacio para promover diálogos femeninos que reafirmen el poder que cada una tiene sobre sí misma y les ayude a construir nuevas y mejores oportunidades, teniendo como lema que “no es solo danza, es danza para la transformación social”. Por medio de sus presentaciones logran transmitir un rechazo rotundo a situaciones de vulneración.

Antiguos miembros del grupo como Winkler Andrés Carabalo y Daniel Torres actualmente se encuentran bailando y cumpliendo sus sueños en

Turquía, gracias a su talento y a su formación como artistas y personas íntegras en la agrupación.

Pacific Dance no solo enseña a bailar, enseña a creer, a empoderarse, a amar sus raíces, a conocer una cultura. A transformar la tristeza en fuerza, el dolor en arte y los sueños en metas. Enseña a vivir con los pies en la tierra, pero con la música del Pacífico en el alma.

“No es solo danza, es danza para la transformación social”

//////// BÚSQUEDA //////////////////////////////////////

NOCHE SIN RETORNO

**¿DÓNDE ESTÁ YÉSSICA ARIZALA CUERO?
ES LA PREGUNTA QUE SE HACEN NO SOLO
SU FAMILIA, SINO LOS HABITANTES DE
IMBILÍ, NARIÑO, DONDE LA JOVEN DE 14
AÑOS DESAPARECIÓ SIN DEJAR RASTRO.
LA ESPERANZA NO SE HA IDO.**



//// POR: SOFÍA FORERO

.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL.
.....

El silencio nocturno presentía lo que estaba por venir. Esa noche, una niña desapareció sin dejar rastro, sumergiendo a su familia y al pueblo entero en una angustia sin fin.

~~~~~

**L**a noche del 20 de agosto del 2022 en que desapareció Yéssica Arizala Cuero, una joven de 14 años, estaba oscura y silenciosa, como suelen ser las noches en el pequeño pueblo Imbilí, cerca de Tumaco, Nariño.

Las luces escasas apenas iluminaban los caminos de tierra y la tranquilidad propia de ese lugar humilde solo era interrumpida por el sonido distante del río Mira, que fluía como testigo mudo de la vida cotidiana de la comunidad.

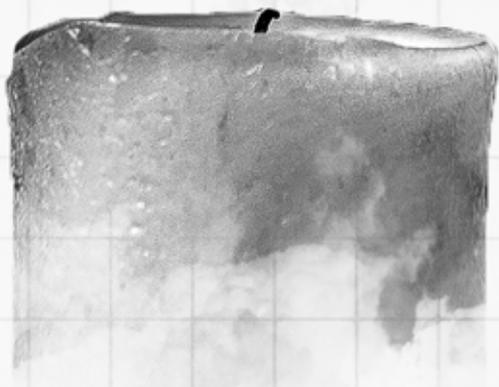
El silencio nocturno presentía lo que estaba por venir. Esa noche, una niña desapareció sin dejar rastro, sumergiendo a su familia y al pueblo entero en una angustia sin fin.

Mirley Landázuri, prima de Yéssica, recuerda con claridad el último día que la vio. “Fue en la casa de mi abuela Toña, estábamos todos allí”, cuenta con la voz invadida de tristeza.

Yéssica había estado en la casa hasta las 3:00 p.m. cuando decidió ir al río a lavar los platos.

“Regresó diciendo que había visto bajar un muerto por el río”, añade Mirley, aún sorprendida por aquellas palabras. Yéssica regresó con la loza, pero curiosamente no la había enjuagado, como si algo en el río la hubiese perturbado. Nadie le dio demasiada importancia en ese momento, pero con el paso del tiempo, esas palabras resonarían en la mente de todos los que la conocían.

Aquel día, Yéssica también había ido a la casa de la abuela de Mirley para tomarse un caldo de pollo. Era algo habitual para ella, una de esas rutinas cotidianas que en los pueblos pequeños marcan el ritmo de la vida.



---

**La esperanza de que Yéssica regrese nunca se ha desvanecido. Siguen esperando, siguen buscando, pero la angustia crece con cada día que pasa sin respuestas.**

---

---

---

Pero ese día no todo parecía normal. “Noté que respondía más de lo habitual”, recuerda Yazmín Oliveros, tía de la menor. “Había algo en su actitud, algo extraño, una inquietud que nadie entendió en el momento. Quizás presentía algo”.

La joven salió de la casa alrededor de las 6:00 p.m. a comprar una vela para su abuela. Iba sola. Aunque fue vista más tarde en la Calle del Amor (un barrio de Imbilí) frente a la casa de Felipe, el técnico de fútbol, hablando con dos muchachos desconocidos, nadie supo realmente quiénes eran. Aquellos muchachos fueron las últimas personas que la vieron. Desde entonces, Yéssica se desvaneció en el aire. Imbilí, el pueblo tranquilo, se sumió en una neblina de incertidumbre y miedo.

El dolor de la familia es palpable en cada palabra de Mirley Landázuri, quien, junto con su madre Yazmín, había convivido mucho con Yéssica. “Ella era parte de nuestra familia, convivíamos con ella todo el tiempo”, cuenta con la voz quebrada.

La desaparición dejó un vacío enorme en el corazón de la familia, un espacio que el tiempo no ha podido llenar. Para ellos, la esperanza de que Yéssica regrese nunca se ha desvanecido. Siguen esperando, siguen buscando, pero la angustia crece con cada día que pasa sin respuestas.

En la comunidad el impacto fue devastador. Los vecinos no podían creer lo que había ocurrido. Los rumores comenzaron a circular rápidamente, alimentados por el miedo.



Al principio, las familias cuidaban a sus hijos más de lo normal. Nadie quería enfrentar el mismo horror. Las autoridades locales actuaron con rapidez inicialmente, organizando búsquedas, recolectando testimonios y distribuyendo refrigerios a los niños que participaron en las jornadas. Pero con el tiempo, el ímpetu se desvaneció y la comunidad quedó atrapada en la misma incertidumbre que la familia de Yéssica.

Según Maité Rosales, organizadora de la velatón y fundadora de una organización comunitaria en Imbilí, “este tipo de tragedias no se habían visto aquí antes. La desaparición de Yéssica ha dejado a todos con miedo, nadie se siente seguro”.

La velatón, organizada en Imbilí el 27 de agosto de 2022 fue un esfuerzo colectivo por mantener viva la esperanza. La caminata recorrió todo el pueblo hasta llegar a la cancha, donde cantaron y dejaron las velas en el lugar donde se vio por última vez a Yéssica.

“Fue un momento muy emotivo. Todos estábamos allí con la esperanza de que esto sirviera para algo, para que las autoridades no olvidaran el caso”, comenta Maité.

A la velatón también asistieron personas de pueblos cercanos, como las hermanas Natasha y Paula Sartzábal, de La Vega. “Fuimos porque sentimos que ese dolor no era solo de la familia de Yéssica, era de todos nosotros. No podíamos quedarnos callados”, expresan. Para ellas, el caso trascendió las fronteras de Imbilí y es un reflejo de la inseguridad y el olvido en que viven muchas comunidades rurales.

Cristina Forero, una residente de Imbilí, también estuvo presente en la velatón. “Nunca había asistido a un evento así, pero sentí que era lo menos que podía hacer por Yéssica y su familia”.



Desde la desaparición se han hecho múltiples esfuerzos por encontrar a la niña. La familia, junto con algunos vecinos, ha recorrido los alrededores del pueblo, buscando en las orillas del río Mira y en las zonas rurales cercanas, pero siempre con el mismo resultado, nada. Se han repartido carteles con su foto, además han salido noticias en el portal de Caracol, CNC, Tu barco, El Espectador e imágenes en Facebook, incluida la página de la Alcaldía de Tumaco. La Policía, en alianza con el Municipio, ofreció una recompensa de \$10 millones buscando alguna pista, alguna señal de dónde podría estar. Pero todos los datos que han recibido han sido insuficientes o falsos.

Los rumores en torno a la desaparición no tardaron en surgir y son una mezcla de información donde es difícil percibir los límites de la realidad y la ficción. Uno de ellos habla de un hombre vinculado a un grupo al margen de la ley, quien habría tenido una relación con la hermana de Yéssica y la había amenazado por un dinero que le debía.

Otra versión dice que tres mujeres del barrio podrían haber vendido a la niña. El día que desapareció, estas mujeres celebraron una gran comida y estuvieron bebiendo hasta altas horas de la noche, un comportamiento que despertó sospechas en la comunidad.

Una más de las historias señala a unos hombres que habrían abusado de la pequeña y, tras causarle la muerte, decidieron desaparecer el cuerpo. “Esa teoría nos atormenta, pero es una posibilidad que no podemos ignorar”, confiesa Yazmín Oliveros.

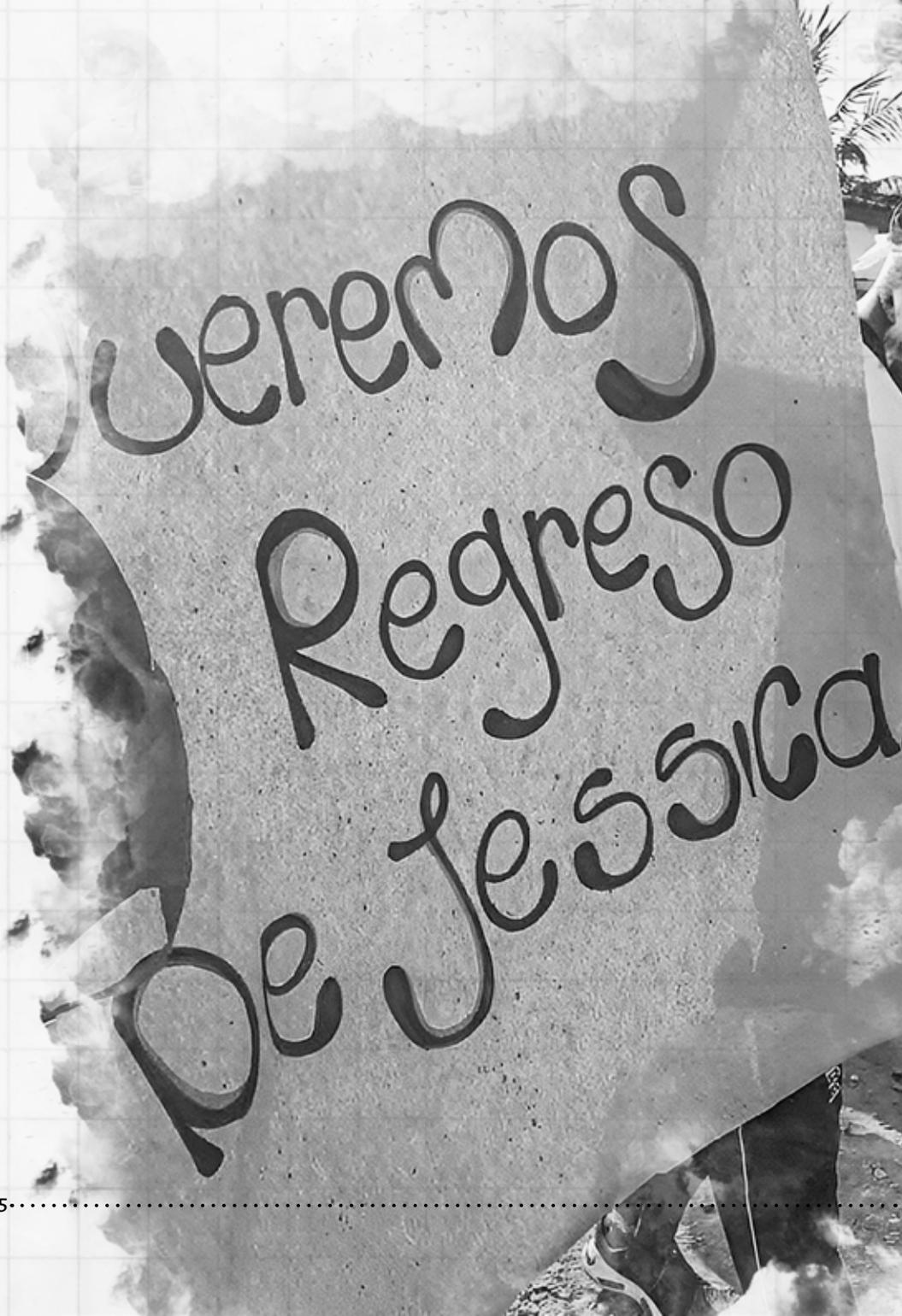
La incertidumbre ha sido tal que los relatos han incluido opciones como el tráfico de órganos o el secuestro para trata de personas.

El tiempo ha pasado y el sufrimiento sigue siendo el mismo. La vida de la familia se ha transformado en un constante estado de espera, de angustia. “Todo

ha cambiado desde que desapareció. Vivimos cada día con esa incertidumbre, sin poder seguir adelante ni cerrar este capítulo de nuestras vidas”, explica Mirley.

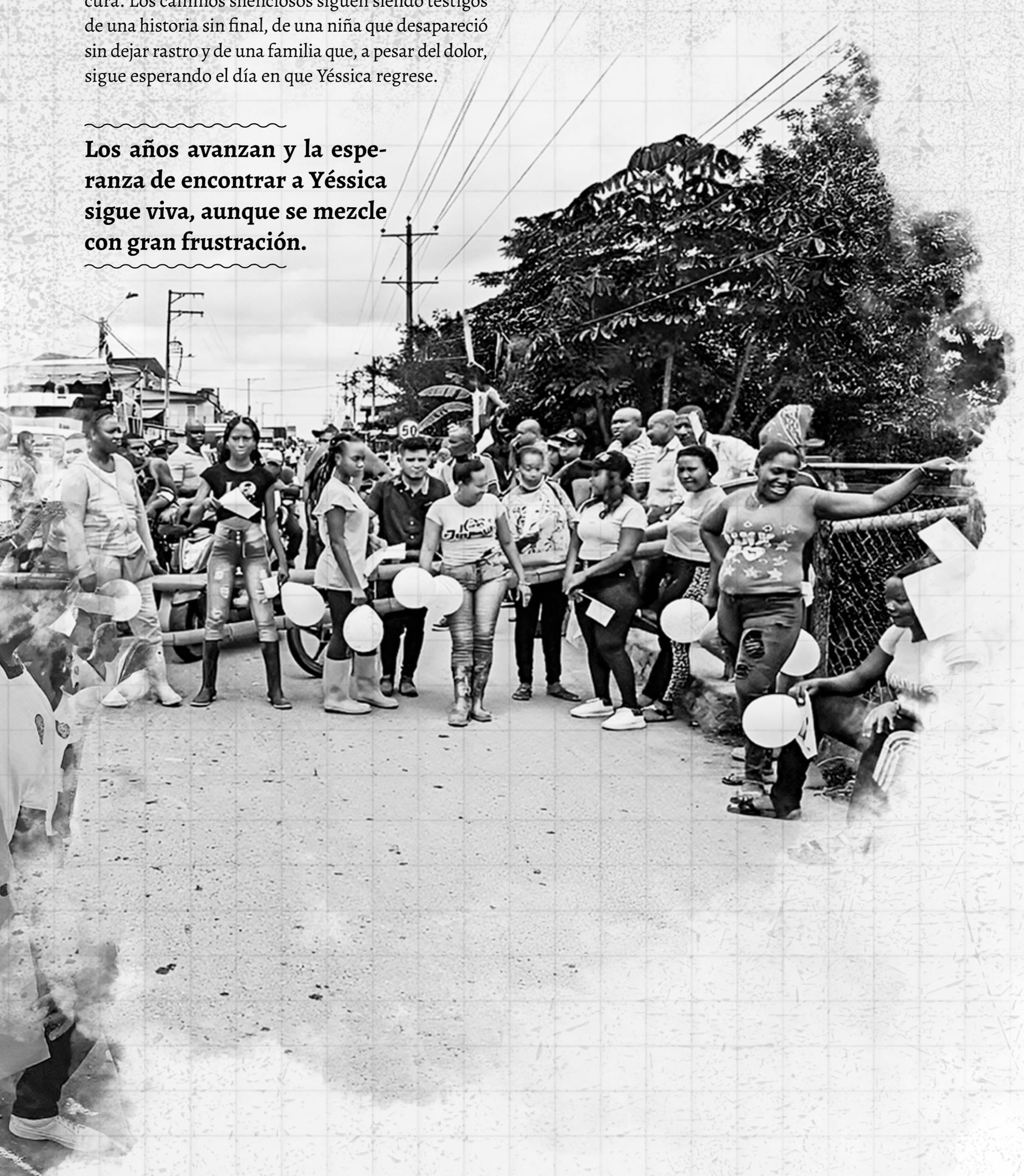
Para ellos, cada día sin respuestas es un recordatorio doloroso de la falta de claridad y justicia. Los planes de la familia quedaron en pausa. La vida perdió su normalidad.

Los años avanzan y la esperanza de encontrar a Yéssica sigue viva, aunque se mezcle con gran frustración. Las autoridades, que al principio actuaron con diligencia, han ido reduciendo sus esfuerzos y la familia siente que no se ha hecho lo suficiente para encontrarla. Pero ellos no se rinden. “Cualquier pista, por pequeña que sea, podría ser crucial”, dice su prima, enviando un mensaje a quienes puedan tener información.



La comunidad de Imbilí, antes tranquila y segura, nunca volvió a ser la misma desde aquella noche oscura. Los caminos silenciosos siguen siendo testigos de una historia sin final, de una niña que desapareció sin dejar rastro y de una familia que, a pesar del dolor, sigue esperando el día en que Yéssica regrese.

~~~~~  
Los años avanzan y la esperanza de encontrar a Yéssica sigue viva, aunque se mezcle con gran frustración.
~~~~~



# ***El Plateado:***



***La resistencia de un  
pueblo que florece  
en las montañas***



# LA OTRA MIRADA A UN TERRITORIO CAUCANO ESCONDIDO EN LA CORDILLERA OCCIDENTAL QUE SALIÓ DEL ANONIMATO POR CAUSA DE LA GUERRA.

//// POR: ANGIE DANIELA LANDAZURY,  
MARLON SMITH PANAMEÑO Y KAREN OVIEDO  
.....  
ESTUDIANTES DE COMUNICACIÓN SOCIAL  
.....



**E**

ntre las tropicales y fértiles tierras de Colombia, donde la Cordillera Occidental se funde con generosos valles verdosos, se encuentra El Plateado, un corregimiento de Argelia, Cauca, que lleva en su nombre el destello de una creencia histórica que dice que el platino es el metal que se esconde en gran parte de los suelos de este territorio.

Cierto o no, lo que sí es seguro es que aquí se encuentra la valentía de aproximadamente 10.800 habitantes, muchos de los cuales llegaron buscando un refugio para reconstruir sus vidas y terminaron amando con vehemencia y resiliencia su hogar.

Este pueblo pequeño, para muchos anónimo, pasó este año a ocupar páginas enteras en los diarios y tener protagonismo en los noticieros. Cada vez que se habló de El Plateado se sacó a colación la guerra, se mencionaron enfrentamientos y salieron titulares refiriendo el “mar de coca” por el que las disidencias de los grupos guerrilleros sembraron de fuego esta región.

Las miradas se posaron sobre este territorio enclavado entre las montañas por razones ligadas al dolor: explosiones, tensiones y retención de soldados, protestas por incumplimientos del gobierno y enfrentamientos. Hasta una inmensa operación estatal denominada Perseo, para recuperar el control y fortalecer la presencia en la zona, fue objeto de informes especiales y seguimiento por parte de los periodistas que acudieron, quizás por primera vez, al remoto poblado de El Plateado.

Su clima es tropical, hay temporadas de lluvia, pero también épocas en las que los penetrantes rayos del sol facilitan que el cultivo del cacao prospere en los suelos áridos del territorio donde la comunidad puede beneficiarse de él.

Además, esta zona, al ser parte de un santuario de biodiversidad llamado Cañón del río del San Juan del Micay, junto a otras fuentes de agua provenientes de ríos cercanos, ha sido todo un escenario hídrico para la población. “Yo desde pequeño aprendí a nadar en esos ríos”, menciona Camilo con voz firme, recordando muy bien sus aventuras.



Pero, ¿qué hay en realidad en esta tierra que existe más allá de la guerra?

El Plateado hace parte de la pluralidad que en Colombia se vive y a pesar de ser un corregimiento pequeño, no se queda corto al hablar de la identidad de sus tradiciones, festejos, cultura, espíritu comunitario y la lucha constante por salir adelante.

“Allá la gente es muy trabajadora”, menciona Camilo Narváez, joven emprendedor y estudiante de Administración de Empresas nacido en El Plateado.

Esto también ha sido motivo para que algunos de los habitantes de este territorio pesquen durante las noches, “llevando su linterna y gafas para ver debajo del agua. Es como si los pescados estuvieran más activos en la noche”, añade.

---

**Hoy, aunque la paz sigue siendo frágil, la comunidad ha encontrado la manera de asegurar su sustento**

---



Por otro lado, aunque el territorio no se salva de enfrentar desafíos sociales, es importante resaltar que es un tesoro rural. A pesar de contar con menos de 100 hectáreas de tierra fértil, ha sido testigo de generaciones de personas que luchan por preservar su identidad y que no solo consideran su entorno como un punto en el mapa, sino como un lienzo pintado con los colores de la cultura campesina, donde las fiestas patronales, los mitos ancestrales y el trabajo de la tierra tejen la memoria colectiva, pues acá “se habla del ‘Guando’, la vieja del monte y los espíritus que muchas veces en las carreteras solitarias se les trepan a las motos en particular”, afirma Mary Armero, habitante de El Plateado. También hay quienes creen en “leyendas narradas por los abuelos”, como la del Duende Plateño’, un pequeño ser travieso que, según dicen, roba herramientas y enamora a las muchachas del pueblo; al igual que la creencia en la ‘Llorona’, “que es un espíritu que paseaba por las calles a la media noche buscando a quién llevarse”, dice Mary.

## **UN TERRITORIO QUE RESPIRA CULTURA**

“Aquí el tiempo no se mide solo por el reloj, sino por los ritos que marcan el año”, expresa Mary Armero resaltando las festividades del sector como las fiestas de San Isidro Labrador, patrono de los agricultores, que son una explosión de música y danza que reúnen a toda la comunidad. Como también lo hace el conjunto de platos típicos como los fríjoles con garrobo, arepas de maíz pilado y sancocho de gallina, que se sirven en fogones de leña mientras los niños juegan entre los cultivos y los mayores cuentan historias de espantos.

“Uno de los eventos más esperados por la comunidad es el Carnaval de la Yuca, en el que los hombres se visten de mujer. Este evento muestra cómo los habitantes unen la fuerza y creatividad para sacar cada tradición adelante”, manifiesta Mary.

Asimismo, el calendario de las personas está marcado por celebraciones que mezclan fervor religioso y alegría popular. Cada 3 de mayo el pueblo se congrega para honrar la Santa Cruz con una procesión que recorre las calles adornadas de flores y guirnaldas; algunos de los habitantes llevan en hombros la cruz, acompañados por bandas de música y rezos que se mezclan con el repique de campana.

Cabe resaltar que aquí la oralidad es un arte, pero quizás la tradición más conmovedora es la ‘Trova Campesina’, ya que los versos improvisados al ritmo de la guitarra y el tiple hablan de amores, desengaños y lucha por la tierra. En cada encuentro las voces de los trovadores se mezclan con el viento, llevando consigo el alma de un pueblo que se niega a ser olvidado.

Es así como también la Junta de Acción Comunal ha sido clave en este propósito: organizando fiestas, festivales y también coordinando obras que en otros lugares serían responsabilidad del Estado. Pero acá la presencia institucional es escasa y son las manos del pueblo las que levantan las escuelas, abren caminos y tienden puentes: “El 90% de las construcciones han sido hechas por esfuerzo de la comunidad”, afirma uno de los habitantes del pueblo con el orgullo que significa haber puesto ladrillo a ladrillo el techo de su esperanza.

“AQUÍ  
EL TIEMPO  
NO SE  
MIDE  
SOLO POR EL RELOJ,  
SINO POR LOS  
RITOS QUE  
MARCAN EL  
AÑO”

## LA LUCHA POR EL RENACER DE EL PLATEADO

Este, como muchos territorios de Colombia, ha sido escenario de violencia. Durante décadas, la guerra ha dejado heridas que aún no cicatrizan. Familias enteras fueron desplazadas, otras resistieron y algunas regresaron años después con la esperanza de reconstruir lo perdido. “Desde que tenía siete años siempre he vivido la guerra. Hoy, aunque la paz sigue siendo frágil, la comunidad ha encontrado en la agricultura su sustento y orgullo. Los cultivos de café, plátano, yuca se extienden como un mosaico sobre las laderas, trabajados con manos que conocen el lenguaje de la tierra”, expresa Mary Armero.

Aunque la falta de vías en buen estado, la escasa inversión en educación y salud, las amenazas ambientales como la minería ilegal y la deforestación han puesto en riesgo no solo el sustento de las familias, sino también el futuro del territorio, nada de esto ha sido impedimento para que los jóvenes se proyecten e impulsen el cambio social.

Un ejemplo de ello es el emprendimiento de Mary, ‘El platanito: el bocado maduro’, creado por una mujer que ha luchado toda su vida por salir adelante con su negocio que ahora es reconocido en cada rincón del territorio. Gracias a su iniciativa, más pobladores se han animado a emprender en este rumbo de la economía colectiva, como lo es ‘Choco Prit’; otro producto cien por ciento natural a base del cacao, ideado por otro habitante.

---

**Quizás la tradición más conmovedora es la ‘Trova Campesina’, ya que los versos improvisados al ritmo de la guitarra y el tiple hablan de amores, desengaños y lucha por la tierra. En cada encuentro las voces de los trovadores se mezclan con el viento, llevando consigo el alma de un pueblo que se niega a ser olvidado.**

---

Es importante resaltar que la estigmatización sobre el territorio ha influido en la construcción de narrativas que, hasta ahora, han opacado la riqueza humana, cultural y natural de un lugar que florece incluso entre las grietas de la adversidad. No obstante, el cambio generacional ha impulsado nuevas formas de mantener vivas las tradiciones, aquellas que fortalecen el sentido de pertenencia y han logrado que El Plateado perdure no solo en el corazón de sus habitantes, sino también como un símbolo reconocido de la abundancia cultural colombiana.



//////// MIGRACIÓN //////////////////////////////////////



# **MIGRAR,**

**UN VIAJE ENTRE LA SOLEDAD  
Y LA ESPERANZA**

**MILES DE MIGRANTES VENEZOLANOS HAN LLEGADO A CALI EN LOS ÚLTIMOS AÑOS CON LA ESPERANZA DE ENCONTRAR UN MEJOR FUTURO. COLOMBIANOS QUE VIVÍAN EN VENEZUELA TAMBIÉN HAN REGRESADO ENFRENTANDO SITUACIONES DIFÍCILES.**

////// POR: MARCYIN TATIANA ANGULO RODRÍGUEZ  
FRANCESCA HURTADO QUIÑONES Y ROSAURA CASTILLOS ARIAS.  
.....  
ESTUDIANTES DE COMUNICACIÓN SOCIAL  
.....

**T**uvieron que pasar 40 años, una infidelidad por parte de su esposa y una crisis económica y política para que Eulicio Montaña, de 76 años, dejara su empresa y decidiera regresar de Venezuela a Cali, la ciudad en la que se radicó desde muy joven después de dejar El Charco, Nariño, su tierra natal.

Y aunque pareciera que volver a la tierra que lo vio crecer le daría algo de ventaja a Eulicio frente a los miles de venezolanos que han migrado hacia Cali en busca de mejores oportunidades, la verdad es que su retorno a casa fue mucho más amargo que su partida.

Al volver a Colombia después de tantos años no tuvo a dónde llegar, así que su única opción fue dormir en la calle. Su primera noche la pasó en la Terminal de Transportes de Cali: pasó de tenerlo todo en el país vecino a no tener nada en su propia tierra.



De Cali no recordaba mucho, ni direcciones, ni lugares, ni personas conocidas. Su única familia está en El Charco, pero por falta de dinero no ha logrado llegar hasta ellos.

“Los primeros días fueron muy difíciles, siempre me hacía cerca al CAI de La Terminal porque me sentía más seguro y siempre tenía un palo para defenderme por si me querían robar mis cosas. Pedía comida en restaurantes cercanos y me la pasaba caminando sin rumbo. Jamás pensé estar viviendo así, en la calle, porque siempre pensé que la calle es un lugar solo para los perros, y yo no podía estar en esas circunstancias”, mencionó Eulicio, quien hace ya dos años regresó a Cali y la mitad de ese tiempo vivió en la calle.

---

**Tuvieron que pasar 40 años, una infidelidad por parte de su esposa y una crisis económica y política para que Eulicio Montaña, de 76 años, dejara su empresa y decidiera regresar de Venezuela a Cali, la ciudad en la que se radicó desde muy joven después de dejar El Charco, Nariño, su tierra natal.**

---





## MIGRAR TAMBIÉN SABE A ESPERANZA

Pablo Díaz es un joven venezolano que salió de su país acompañado de su padre con rumbo al oriente de Cali, atravesó diversos desafíos para poder llegar a Colombia en busca de una mejor vida para él y su familia, y aunque no ha sido fácil, lucha todos los días para poder lograr sus objetivos, con la ayuda de sus familiares que ya estaban establecidos en la ciudad y la solidaridad de los caleños.

“Primero pudimos reunir un poquito de dinero para poder venir hacia acá. Tenía unos familiares acá y pudimos venir. La trayectoria fue más que todo por vía terrestre y cuando llegamos a Cúcuta el hombre que nos trajo nos estafó, nos dejó tirados a mi papá y a mí. Gracias a Dios unas personas nos consiguieron el pasaje para podernos venir en bus a Cali”, recordó Pablo.

El primer lugar donde llegó fue Pizamos, un barrio del oriente de Cali, donde lo recibieron algunos amigos junto a familiares que ya eran residentes de la ciudad. Pasó por varios trabajos hasta que llegó a la panadería ‘Las Delicias’, un lugar reconocido en la zona por vender, además de panes y comida colombiana, recetas de panadería venezolana.

“A esta panadería yo llegué a trabajar hace más o menos seis meses. Yo vivía por acá cerca. La conocí porque yo vendía donas, entonces las compraba aquí para revenderlas, fui teniendo confianza con los jefes y me dijeron que necesitaban un trabajador que hiciera panes, les recomendé a mi mejor amigo y yo me quedé trabajando con ellos vendiendo pan a domicilio”, contó Pablo.



## UNA MANO AMIGA

A pesar de las dificultades y de la incertidumbre que los invade debido a su condición de migrantes, Eulicio y Pablo encontraron manos solidarias en fundaciones caleñas que les brindaron apoyo económico y acompañamiento para salir adelante.

La fundación Samaritanos de la Calle, de la Arquidiócesis de Cali, se convirtió en el hogar de paso de Eulicio y en su refugio. Actualmente es estudiante del colegio Santa Librada del que se graduó de la primaria y ahora está cursando el bachillerato.

Por su parte, Pablo y su mejor amigo, durante la pandemia, recibieron auxilios económicos por parte de una fundación para poder subsistir con sus familias mientras no podían salir a trabajar.

## SITUACIÓN ACTUAL

De acuerdo con el 'Informe sobre flujos migratorios inversos: retos y acciones frente a una nueva dinámica migratoria' de Migración Colombia, entre enero y febrero del 2025, 233.738 venezolanos entraron y salieron de Colombia. De esos, 51.230 entraron al territorio nacional, mientras que 49.955, salieron; lo que evidencia un incremento del 41% frente a las cifras del mismo periodo del 2024.

En cuanto a los colombianos retornados de Venezuela, las cifras más recientes, a diciembre del 2023, reportaron 980.000, según datos del Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos (GIFMM), un espacio liderado por la Organización Internacional para las Migraciones, OIM; y la Agencia de la ONU para los Refugiados, ACNUR.

La situación para esta población migrante y retornada sigue siendo compleja y el acceso a servicios básicos como la salud y la educación sigue siendo un reto para el Gobierno Nacional y los gobiernos locales. Por eso, desde el Programa Comunidades Saludables de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, USAID, se continúa en la implementación de un proyecto que busca “mejorar las condiciones de la población migrante venezolana, colombiana retornada y comunidades de acogida en su proceso de integración”, buscando mejorar las condiciones de vida de esta población.

Eulicio y Pablo son apenas dos de las miles de historias que se tejen a diario en la ciudad de la mano de hombres y mujeres migrantes que decidieron dejar toda su vida atrás y seguir hacia nuevos horizontes en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias.

---

**233.738**  
**venezolanos entraron  
y salieron de Colombia,  
entre enero y febrero  
del 2025.**

---



# *Lo que el río* **MIRA** **SE LLEVÓ**

**HACE DIECISÉIS AÑOS CAMBIÓ LA VIDA DE  
LOS HABITANTES DE LA VEREDA ALBANIA,  
EN TUMACO, TRAS EL DESBORDAMIENTO DE  
SU AFLUENTE. HISTORIA DE UNA ANGUSTIA  
PASADA POR AGUA.**

////// POR: KELLY YADIRA BASTIDAS VALENCIA  
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL

---

**Albania, ubicada entre los pueblos Cajapí Carretera y Cajapí del Mira, es una vereda campesina donde la mayoría de sus habitantes viven de la agricultura.**

---

**A**quella mañana del 16 de febrero del año 2009 todo transcurría normal en Albania Río Mira, un pequeño pueblo agrícola perteneciente a Tumaco, Nariño.

Amaneció haciendo un poco de frío, los árboles movían sus hojas al compás del viento y los gallos alzaban su canto para anunciar que un nuevo día había llegado.

Quién pensaría que este día se convertiría en uno que jamás olvidarían: nunca imaginaron que el río, el mismo que tantas veces les dio de comer sus sabrosos pescados, beber su agua fresca y les permitió nadar por sus corrientes, sería el mismo que les arrebataría todo lo que tenían y con mucho esfuerzo habían construido.

Albania, ubicada entre los pueblos Cajapí Carretera y Cajapí del Mira, es una vereda campesina donde la mayoría de sus habitantes viven de la agricultura.

Contaba en aquel entonces con apenas 35 casas construidas, la mayor parte en madera. Está dividida por una carretera de piedras que es la única vía de entrada y salida del pueblo. En uno de sus costados se puede apreciar una quebrada que desemboca al río Mira, la misma que se encargaría de dejarlos sin nada.

Esa madrugada, Virginia Ortiz se levantó como de costumbre a las 5:00 a.m. a preparar el desayuno e irse a trabajar a su finca que quedaba al otro lado del río.

“Encendí mi fogón de leña y me dispuse a parar mi olla de café mientras hacía los oficios diarios de la casa, todo transcurría normal hasta llegadas las 7:00 a.m. cuando el río empezó a crecer. Pensaba que era una creciente normal, como las que acostumbraba a ver, y más porque nos encontrábamos en épocas de lluvias. Pero no tuve más remedio que quedarme en la casa porque si me iba a la finca me quedaba atrapada en la corriente”, cuenta la mujer.

Pasadas las 10:00 a.m. el río empezó a crecer más. María Valencia, hija de Virginia Ortiz, relata que ese día se hallaba a orillas del río lavando su bandeja de ropa cuando se percató de que el agua estaba fuera de lo normal y de un momento a otro estaba atrapada en la corriente tormentosa. “Lo primero que hice fue correr a avisarles a los demás que el río estaba subiendo”.

“Noté que el agua se fue poniendo turbia, con harta espuma y corrientosa, parecía como olas del mar. El día se puso oscuro, manadas de pájaros cruzaban el cielo gris, luego empezó a llover. Para este momento ya eran pasadas las 2:00 p.m. y el caserío ya estaba hundido. Algunas casas ya estaban al plan (nivel) del agua, y sí, efectivamente el río Mira se había desbordado llevándose todo lo que encontrara a su paso. No pensábamos que nosotros también nos inundaríamos, ya que el Mira queda a varios minutos de aquí y la quebrada, según nosotros, era inofensiva. Nos angustiábamos cuando vimos cómo esa quebrada empezó a hacer sonidos, era como ‘uuuuuuuhhhh’. Nos desesperamos, estábamos asustados, pero entre nosotros mismos nos tocó buscar la manera de salvar nuestras vidas porque el agua estaba arrastrando todo y no perdonaba nada”, relata María Valencia.

Las canoas de los pueblos cercanos pasaban como alma que lleva el diablo en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Las culebras iban enrolladas en los palos que arrancaba la fuerza del agua. La ropa y otras cosas de las casas navegaban. Animales como gallinas, puercos y vacas, se ahogaron, mientras que los de monte pasaban rebalsados. La fuerza del agua era tan grande que arrancó casas, pues la gran mayoría estaban construidas en madera.

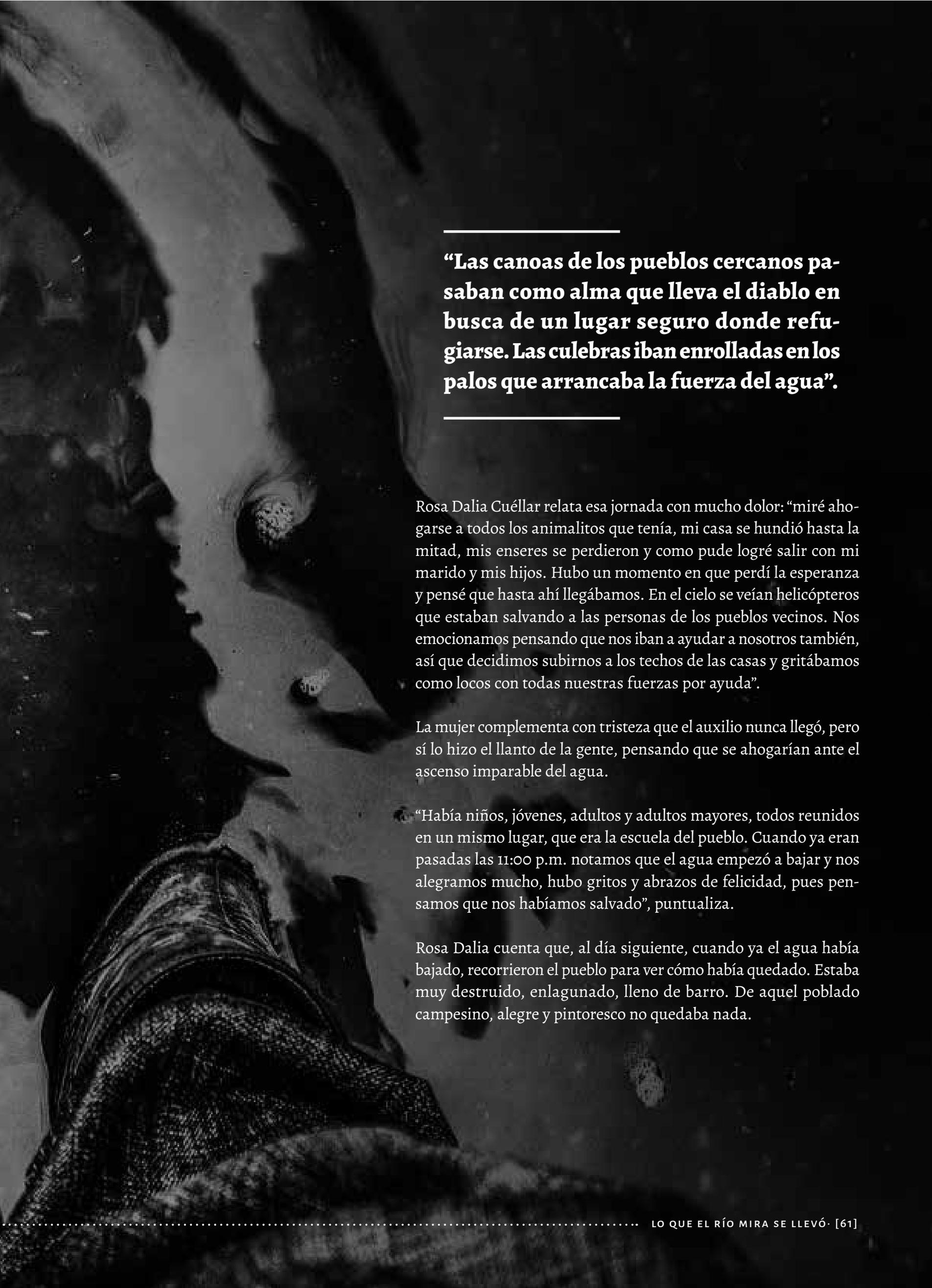
María Ninfa Cortés recuerda que se encontraba en su casa cuando vio que el agua se entraba por detrás. Bajó corriendo porque nunca había presenciado algo semejante y se fue a la escuela, que era uno de los lugares más altos que había en el pueblo. Era de las pocas edificaciones en concreto donde ya se encontraban otras personas resguardadas.

“Estábamos sumidos en la desesperación y la desesperanza, no sabíamos qué hacer porque nunca habíamos vivido algo así. La carretera estaba hundida y no teníamos cómo salir, acá no llegaba la señal y no conocíamos nada de tecnología para pedir ayuda, así que bajamos del altar al poderoso Rey de Reyes, Jesús de Nazaret, quien es el patrón del pueblo y al cual le celebramos una misa y velorio en su honor todos los 31 de enero. Empezamos a rezar y a cantar para que el río parara de crecer, por un momento quiso parar, pero siguió creciendo”, es lo que recuerda María Ninfa Cortés, vecina de Virginia Ortiz.

---

**“Noté que el agua se fue poniendo turbia, con harta espuma y corrientosa, parecía como olas del mar. El día se puso oscuro, manadas de pájaros cruzaban el cielo gris, luego empezó a llover”.**

---



---

**“Las canoas de los pueblos cercanos pasaban como alma que lleva el diablo en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Las culebras iban enrolladas en los palos que arrancaba la fuerza del agua”.**

---

Rosa Dalia Cuéllar relata esa jornada con mucho dolor: “miré ahogarse a todos los animalitos que tenía, mi casa se hundió hasta la mitad, mis enseres se perdieron y como pude logré salir con mi marido y mis hijos. Hubo un momento en que perdí la esperanza y pensé que hasta ahí llegábamos. En el cielo se veían helicópteros que estaban salvando a las personas de los pueblos vecinos. Nos emocionamos pensando que nos iban a ayudar a nosotros también, así que decidimos subirnos a los techos de las casas y gritábamos como locos con todas nuestras fuerzas por ayuda”.

La mujer complementa con tristeza que el auxilio nunca llegó, pero sí lo hizo el llanto de la gente, pensando que se ahogarían ante el ascenso imparable del agua.

“Había niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, todos reunidos en un mismo lugar, que era la escuela del pueblo. Cuando ya eran pasadas las 11:00 p.m. notamos que el agua empezó a bajar y nos alegramos mucho, hubo gritos y abrazos de felicidad, pues pensamos que nos habíamos salvado”, puntualiza.

Rosa Dalia cuenta que, al día siguiente, cuando ya el agua había bajado, recorrieron el pueblo para ver cómo había quedado. Estaba muy destruido, enlagunado, lleno de barro. De aquel poblado campesino, alegre y pintoresco no quedaba nada.

Mucha gente perdió todo, como Virginia, cuyos sembrados de plátano, yuca y cacao quedaron bajo el lodo.

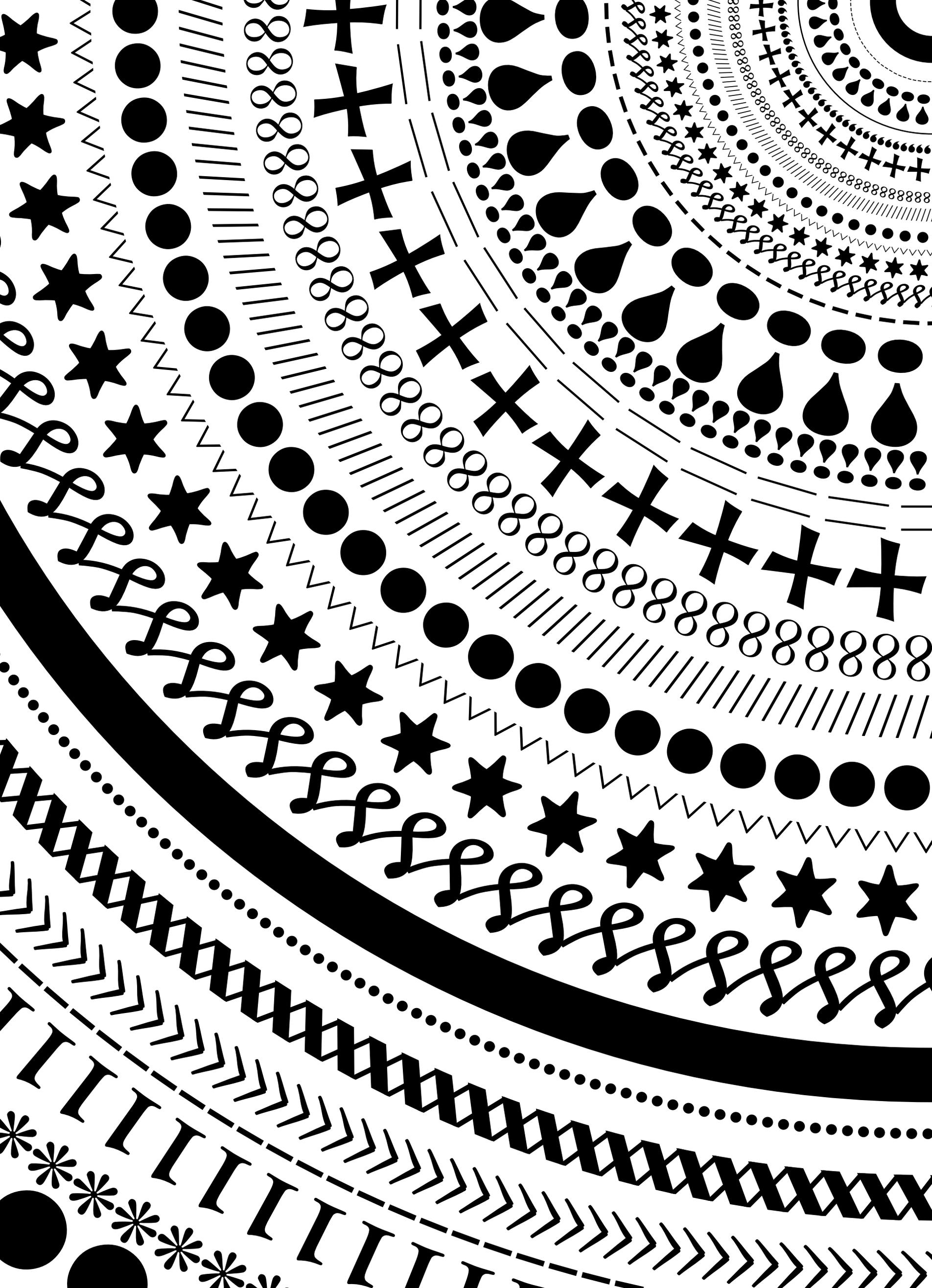
“Después aparecieron de la Alcaldía de Tumaco con unas ayudas, pero no eran mucha cosa buena, no nos prestaban mucha atención, según ellos argumentando que, por vivir a varios minutos de distancia del Mira, a nosotros no nos pasó nada. Eso quedaría grabado para siempre en nuestros corazones, la injusticia y el olvido en el que nos han tenido siempre, como si no existiéramos o como si nunca hubiera pasado nada”, dijo Rosa Dalia.

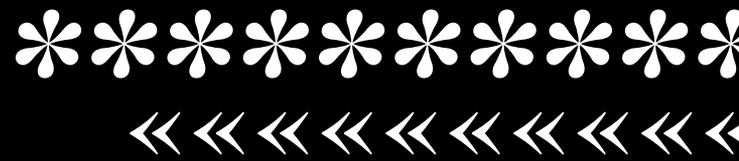
Dieciséis años después de esa tragedia, algunos de sus pobladores aún recuerdan ese sentimiento de abandono y olvido que nunca se borrará por más de que pase el tiempo.

Con mucho esfuerzo y sacrificio se volvió a levantar el pueblo y con el paso de los años dejaron de existir las casas en madera para darles paso a las de cemento, que poco a poco se fueron cubriendo de colores.

En épocas de lluvias, cómo las que suelen venir con frecuencia, los adultos mayores les cuentan a sus nietos el desastre ocurrido aquel 16 febrero de 2009, el día que conocieron la tragedia, pero también la fortaleza para seguir adelante.







—  —

«El universo no está hecho  
de átomos, está hecho  
de historias».

\*\*\*\* M U R I E L R U K E Y S E R \*\*\*\*



La primera edición de la revista *Las Malas Lenguas* se terminó de diseñar en mayo del 2025. Para los cuerpos de texto se utilizaron las fuentes tipográficas *Alegreya* y *Alegreya Sans* diseñadas por Juan Pablo del Peral para la fundidora argentina Huerta Tipográfica.

Un agradecimiento especial por el amor y el compromiso de todo el equipo de trabajo conformado por estudiantes y docentes de los programas de Comunicación Social y Diseño Visual de la Unicamacho, a los colaboradores y a todas las personas que hicieron posible el sueño de esta primera edición.



. . . AQUÍ ACABA ESTA REVISTA . . .

Escrita, diseñada y editada por personas que aman contar historias. Al menos eso dicen *Las Malas Lenguas*...



EDICIÓN





DICEN LAS

MALAS

FALSAS



Antonio José  
Camacho

INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA